

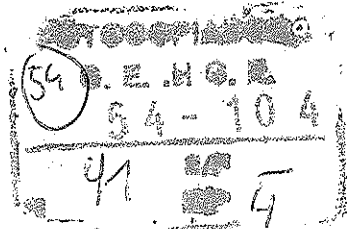
fusión, de incorporación, de posesión-re-tensión de los contenidos de su cuerpo: puede pensar la relación boca-pezones, pero sólo como el riesgo de morir sofocada en ella; puede pensar también la reunificación de los dos cuerpos, pero sólo como una situación que terminará en que la desuelen viva, y lo mismo sucede con la relación hacia su propio cuerpo: la defecación, como don ofrecido a la madre, es remplazada por la imagen de un esfínter que, dilatándose, dejaría perderse la totalidad de los contenidos del cuerpo. Semejantes pensamientos no son investibles en mayor medida que lo es el silencio por parte de Philippe. Sólo que, contrariamente a este, Odette consiguió operar una suerte de ensambladura secundaria entre sus representaciones ideicas y una interpretación que tiende a devolver a esas situaciones vividas una significación aceptable. No sólo que su madre se las impuso por su bien, sino que Odette tiene la convicción de que habría sido efectivamente peligroso para ella «pensar» o soñar, despierta o no, un fantasma que presentara la fusión como un estado de placer y de deseo compartido entre un hijo y una madre. El discurso de la madre sobre el odio que tiene a su marido, su comportamiento hacia Odette y hacia su propia hermana, no le permitieron reprimir ciertas representaciones fantasmáticas, ciertos movimientos destructores. A eso *no-reprimible*, Odette, en un mismo movimiento lo trabajará, lo pensará y lo interpretará, anudándolo a una causa que remite a una pareja parental que ella ha conseguido clivar totalmente en una parte buena para siempre y una parte para siempre mala. Merced a lo cual puede inventarse la historia de un *infans*, con la que remplaza la que falta en el discurso materno.

Si Odette pudo salvar, bien que mal, su vida psíquica, fue sólo atribuyendo a su madre el único enunciado de deseo que consiguió rescatar del discurso oído. No había en él palabras que «hablaran» un deseo de vida hacia su hija, pero se podía interpretar «lo oído» como la expresión del *deseo materno de matar al asesino* potencial de su hija. Solución peligrosa, como lo prueba la continuación de su historia, pero que era la única que estaba a su alcance.

3. El concepto de potencialidad y el efecto de encuentro

Aulagnier

No obstante ser tan diferentes las definiciones que los analistas dan del yo, me parece posible el acuerdo en un punto: sólo el funcionamiento de esta instancia justifica el concepto de psicopatología, y le da sentido. Calificar a un fantasma de psicótico, perverso o neurótico es un abuso de lenguaje: las secuencias pictográficas y fantasmáticas son las mismas para todos, obedecen a un mismo postulado, repiten una organización figurativa sobre la que el yo no tiene poder. La acción del yo se manifiesta, en cambio, por su posibilidad de metabolizar la mayor parte de aquellas, en representaciones relacionales; y por su trabajo de sublimación y/o por su acción represora, sobre las demás. Por eso mismo, cada vez que el objeto de la demanda del yo despierta la «memoria» de su cuerpo; cada vez que sensibiliza estas cicatrices, que señalan sus diferentes duelos libidinales y narcisistas, se comprueba el mismo proceso en todo sujeto: una nueva distribución, inmediata, entre los hilos que teje el fantasma y los que teje el pensamiento, en que los primeros pasan a reforzar el movimiento de atracción o el movimiento de huida provocados por el encuentro, el rehusamiento o la espera del objeto. Este movimiento, si sobrepasa ciertos límites, se convierte en el «organizador» de los cuadros que componen nuestra psicopatología y que *forman parte del abanico* de las respuestas que el yo puede dar a los conflictos que resultan de su encuentro con el yo de los otros, con sus demandas. Lo que conocemos de los mecanismos de la represión y de la sublimación podría en rigor sugerirnos la forma de compromiso más apta para auxiliarse el yo en su relación con el ello; pero no podemos imaginar lo mismo para el compromiso que tendrá que alcanzar con «encuentros» que no se pueden pre-conocer. Es en este punto, que en mi esquema está designado por T_2 , donde se instala la potencialidad (neurótica, psicótica, polimorfa) que habrá de decidir sobre las formas de respuesta y de defensa (neurótica, psicótica, perversa, somática) de que dispondrá el yo enfrentado a un conflicto que puede surgir en diferentes puntos de su trayecto. *El concepto de potencialidad*



engloba los «posibles» del funcionamiento del yo y de sus posiciones identificatorias, una vez concluida la infancia.

De ahí se puede deducir que está en el poder del yo, de su quehacer de investigación, de conocimiento, de previsión, *inventar* respuestas frente a los cambios del «medio» psíquico y físico que lo rodean, pero que no está en su poder inventar defensas nuevas cuando faltan ciertas condiciones (externas o internas) necesarias para su funcionamiento. O bien el yo consigue desposeer de su poder «desidentificante» al fenómeno encontrado, consigue descubrir una de sus propiedades, hasta entonces desconocida, y hallar una respuesta inédita, o bien fracasa y no puede inventar una nueva posición de repliegue, un nuevo mecanismo de defensa, una nueva estrategia. Quiero agregar, de pasada, que acaso esto explica una paradoja, a saber, que el analista a menudo tenga la sensación de comprender mejor el comportamiento de los que se sitúan abiertamente del lado de la psicopatología, que no el de sus «semejantes» y, en particular, el suyo propio.

El poder «maléfico» o «benéfico» de un acontecimiento, de un encuentro, depende de razones múltiples, pero su importancia siempre será proporcional a sus repercusiones sobre la economía identificatoria del yo y, más precisamente, a la gravedad del riesgo que le hacen correr: volver ineficaz la primera solución que había podido aportar al conflicto identificatorio y que le había permitido, si no superarlo, al menos hacerlo «vivable».

Los dos tiempos de la conjugación del verbo «identificar»

Si uno considera el tiempo del proceso identificatorio que va de T_1 a T_2 , uno se enfrenta a los resultados sucesivos del encuentro entre el yo identificante y esos *dos* identificados móviles que uno debe, respectivamente, a la acción identificante del propio yo, y a la mirada y la palabra del otro. Lo que particulariza este tiempo, sobre todo en su primera fase, es la solución dada al conflicto que puede llegar a oponer a esos dos identificados: en cada ocasión será resuelto a favor o a expensas del yo (de su placer o de su sufrimiento), pero dentro de la *actualidad misma* del encuentro. Desde luego que si estas diferentes soluciones hacen posible la continuidad del trayecto, es porque

ellas se siguen y no se superponen unas a otras. Una serie de identificados se van uniendo por veces al identificante, y están en la fuente de ese trabajo de *automodificación* que opera el yo infantil, en favor o en contra del deseo del otro. Si se dejara «prender» alguna vez, o si se fijara él mismo, en una sola de esas posiciones, el movimiento identificatorio se detendría.

La creencia del yo en la existencia de *un* identificado, fuente de placer o de conflicto, pero que él cree el único posible en el momento en que lo encuentra, se aúna con su dependencia, por veces aceptada o rechazada, respecto de la imagen que de él mismo le envía este otro, objeto de un investimento privilegiado. Investimento que, a sus ojos, es totalmente dependiente de su conformidad con ese identificado que el otro espera encontrar en su persona. A todo esto no hay que olvidar que durante todo ese tiempo se asiste a un desfile de esos identificados, en la misma medida en que se asiste a un desfile de los objetos que son soporte de las demandas de ese mismo yo.

El efecto de encuentro

A partir de cierto punto de su trayecto, las «informaciones» que los otros y la realidad envían a un yo que se ha vuelto capaz de decodificarlas, ya no le permiten, aunque lo quisiera, seguir creyendo en la unicidad de un identificado. Encuentra unos identificados de él, de los otros, de la realidad, diferentes, móviles.

Su imagen, según la percibe en la mirada del padre, de la madre, de un hermano mayor, de un amiguito, de un abuelo, le revela que ninguna mirada se puede pretender el *único* espejo, y que el conjunto de las miradas de esos otros, por él investidos, le propone las piezas de un *rompecabezas* que él es el único capaz de armar: él es quien tiene que elegir las que lo ayuden a proseguir y a consolidar su construcción identificatoria. Pero a fin de que el armado final del rompecabezas le ofrezca una imagen familiar e investible, se tiene que poder basar en un primer número de piezas ya encajadas unas en las otras. He ahí un primer resultado de su propio trabajo de reunificación de esas dos componentes del yo que son el identificante y *algunos* de los primeros identificados ofrecidos por el portavoz. El acceso del yo a una identificación simbólica se produce en dos tiempos: el identificado conforme a esta posición debe formar

parte ya de los enunciados que nombraban a este yo, anticipado por la madre y por ella proyectado sobre el *infans*; la apropiación y la interiorización por parte del yo de esta posición identificatoria serán el resultado del trabajo de elaboración, de duelo, de apropiación, que el yo habrá de producir sobre sus propios identificados, en el curso de ese primer tiempo de su itinerario identificatorio que termina en T₂. Si ha podido llevar a buen término ese trabajo, podrá después asegurar a su construcción identificatoria unos cimientos que le permitirán, a lo largo de su existencia, agregarle piezas nuevas y renunciar a otras.

Por eso el edificio identificatorio es siempre mixto. A esas piezas primeras que garantizan al sujeto sus puntos de certidumbre, o sus señales simbólicas, se agregarán las «piezas aplicadas», conformes a identificados cuyos emblemas tomarán en cuenta la imagen esperada e investida por la mirada de los destinatarios de sus demandas. Este segundo conjunto, según los momentos, según la problemática y la expectativa de los destinatarios, se adaptará mejor o peor a aquel primer armado. La potencialidad conflictual, en el registro de la identificación, encuentra su razón en este carácter mixto del yo. Si llevamos adelante esta metáfora, podemos agregar que para que un rompecabezas se sostenga hace falta un buen ajuste de las superficies de encastramiento de las piezas. Cualquiera que sea la historia del constructor, historia que decide sobre el primer armado, y cualquiera que sea el contorno de las piezas que tome de los demás, se presentarán siempre riesgos de desencastre, líneas de fragilidad, la potencialidad de una fisura. Esta fisura se puede situar en el interior del armado primero: estaremos en ese caso frente a la potencialidad psicótica, que se manifestará en un conflicto entre las dos componentes del yo como tal. Se puede situar entre el primer armado y esas piezas agregadas que dan testimonio de lo que ha devenido y deviene el yo. Estamos entonces frente a la potencialidad neurótica, que amenaza a la relación del yo con sus ideales, los únicos capaces, según él cree, de atraerle el amor, la admiración, el deseo. Pero un tercer riesgo es posible: las piezas del rompecabezas parecen bien encastradas, pero el constructor no reconoce en el cuadro que de ellas resulta el modelo que se suponía habría de reproducir. Tenemos ahí una tercera potencialidad, que a la espera de hallar un término más adecuado llama «potencialidad polimorfa». El paso de esta potencialidad al estado manifiesto producirá esos cuadros sintomáticos que son la per-

versión, ciertas formas de somatización, la toxicomanía, lo que Joyce McDougall ha definido como relación adictiva, lo que yo he analizado como relación pasional o alienante.

De estas manifestaciones, el denominador común se encuentra en la relación de estos sujetos con la realidad (del cuerpo, de la necesidad, de los demás, del campo social). Relación que culmina en una modificación de la realidad, que tiende a hacerla objetivamente responsable de las causas del sufrimiento que padece el yo; modificación, y no reconstrucción delirante, merced a la cual el yo justificará su negativa a plegarse a sus exigencias, así como el calificativo de abusivo o tramposo con que rotula a todo poder, probándose a sí mismo, de este modo, el buen fundamento de su causalidad, de sus juicios, de sus exigencias. En este caso, la relación entre el primer armado y el resto del rompecabezas es tal que cualquier cambio, aunque fuera de una pieza sola, es inaceptable porque traería consigo el desencastre de las piezas centrales. Pero como esos cambios son inevitables, al constructor le queda la posibilidad de decretar la equivalencia entre elementos diferentes, pero que en realidad, afirma él, son intercambiables. Su diferencia es una ilusión, un engaño, un error de visión. El modelo (de la realidad, del cuerpo, de la sexualidad, de la organización social) es el único responsable de esta distorsión; oculta a las miradas de los demás aquello a que habría debido llevar la construcción final: el modelo propuesto e impuesto es voluntariamente engañador.

Una última observación pondrá fin a estas consideraciones sobre la potencialidad: hablar de potencialidad es postular que la psique mantiene la capacidad de firmar «un pacto de no agresión recíproca» entre su compromiso y el compromiso identificatorio a que se conforma el yo de los otros. Este pacto presenta escasos problemas cuando se trata de la potencialidad neurótica puesto que el primer armado respeta la misma organización en todo sujeto. Escasos problemas: en efecto, si se admite, como todo lo prueba, que esta potencialidad neurótica es universal, el porcentaje de las formas manifiestas, o clínicas, de la neurosis es efectivamente bajo. No sucede lo mismo con las otras dos potencialidades, que sólo se quedarán en tales si los conflictos, los trabajos por los que pasan estos sujetos no desembocan en el rehusamiento, de parte de los otros, a seguir respetando ese pacto de no agresión. Ahora bien, este rehusamiento aparecerá cada vez que el sujeto, enfrentado a un acontecimiento que siente como un peligro para su frágil construc-

ción, tome la palabra para defender *su* construcción, con riesgo de poner en peligro la de sus *partenaires*.

Pero el paso de lo potencial a lo manifiesto se puede deber también al poder «develante» de ciertos encuentros: es lo que le sucedió a Odette, de quien he de retomar ciertos elementos de su análisis.

Antes de considerar el «efecto encuentro», consideremos las modificaciones que traerá consigo la llegada del yo a T_2 , momento de giro en su trayecto identificatorio.

T_2 o el tiempo de concluir

Retomemos la última parte del esquema antes propuesto. Si elegí la letra *r* fue para destacar que, entre los fenómenos que exigen una modificación en la relación yo-realidad y, en consecuencia, en la relación del yo con sus propios identificados, dos son determinantes:

a. El encuentro con ese «enemigo-aliado» común a todos nosotros: *el tiempo* y lo que de nosotros mismos arrastra en su huida;

b. el encuentro con otro sujeto que no acepta compartir una relación de investimiento, salvo si el yo del primero está dispuesto a modificar su propio identificado y, por ello mismo, su proyecto relacional (e identificatorio).

Estas modificaciones sólo son posibles y deseadas si el yo conserva la seguridad de que ellas respetarán lo *no-modificable* a lo cual se unirán, para dar lugar y forma a ese nuevo momento de su devenir.

Salvo estallido de una psicosis infantil, de que el autismo es la forma extrema, todo yo alcanza el punto (T_2) que le permite establecer una *ligazón* entre ese identificado que «concluye» y «estabiliza» *las posiciones identificatorias ocupadas por el yo infantil en su relación con la pareja parental, y una posición futura modificadora de esa relación*. Modificación que él espera ha de ser extrapolable a las que establecerá con el conjunto de aquellos a quienes encontrará e invertirá en la continuación del trayecto.

A falta de esta ligazón entre *el presente y un después diferente*, el movimiento se detendría: el yo lucharía en vano contra su estado de sumisión a los enunciados identificantes de la

madre o de otro dotado del mismo poder, acerca del tiempo y el devenir.

Un fracaso así supone un yo que ha sido desposeído definitivamente de toda autonomía en el registro de sus pensamientos, en la elección de sus indicadores identificatorios: un yo que ya no tiene la posibilidad de «pensar-desear» lo que traen consigo los términos futuro y *cambio*. Por eso yo había insistido en el poder desestructurante de un deseo de la madre, que se expresara en un «que nada cambie». Enunciado prototípico de esta violencia secundaria que queda enmascarada merced a su apuntalamiento en la violencia primaria, y que por fuerza inducirá el recurso a defensas psicóticas o movilizará el deseo de auto-alienación del propio pensamiento, solución definitiva que abolirá todo riesgo de conflicto.

¿Qué nos enseña la manifestación de una potencialidad neurótica, polimorfa o psicótica, sobre lo que ha «concluido» o no se ha podido concluir en ese tiempo T_2 ?

Del lado de la neurosis, T_2 coincide con la asunción por el yo de una posición simbólica que podrá preservar y respetar. El conflicto se sitúa en el registro de lo imaginario y de la elección de las «piezas aplicadas»: el neurótico sigue proyectando sobre sus identificados sucesivos la sombra de aquel supuesto como el único que puede imantar en su favor un amor que «repitiera» el esperado y exigido en su tiempo por el niño.

La posición del perverso, que me parece una de las manifestaciones más frecuentes de lo que he llamado potencialidad polimorfa, es más compleja: su inserción o su apariencia de inserción en el orden simbólico sólo se preserva porque él ha creído y sigue creyendo que puede ir aunada a su recusación de una parte de las consecuencias que traería consigo. Entre él y el supuesto legislador de este orden, ha establecido una relación de complicidad (con la ayuda totalmente objetiva, muchas veces, de la madre), merced a la cual reconocerá conjuntamente la existencia de una ley, de un orden temporal que permite orientarse y aun, agregaría yo, de una diferencia sexual, para el conjunto de los seres humanos, y al mismo tiempo conservará la certeza de que él y el legislador, y *nunca él solo*, gozan de un estatuto privilegiado, de un saber secreto, que los habilitarían a exceptuarse.

Pero ¿qué ocurre en la psicosis? La instalación de una potencialidad nos señala la ausencia de una psicosis manifiesta en la infancia: el yo ha conseguido entonces alcanzar T_2 . Esto supo-

ne que ha podido rellenar su primera fisura, correr el riesgo de cambiar, de auto-modificarse, sin temer en demasía su propia dislocación. Pero como lo mostraron la historia de Philippe y la de Odette, la aparente reunificación de las dos componentes del yo siempre está bajo la amenaza de una desintrincación, de una «esquizis». Para tratar de protegerse de esto, el yo recurrirá a estas dos defensas que fundan la problemática psicótica:

a. La idealización del poder, atribuida a una *instancia exterior y encarnada* por lo general en la madre; instancia que es la única capaz de preservar esta reunificación, pero de igual modo oponerse a ella;

b. la auto-prohibición que el yo se impone acerca de cualquier información que pudiera demostrarle el abuso de poder que ejercen sobre su pensamiento, develarle que ningún sujeto tiene el exclusivo poder de garantizarle o rehusarle su puesto dentro del sistema de parentesco, ni el de decidir sobre el movimiento o la detención del tiempo.

Si estos dos mecanismos fracasan, el sujeto deberá encontrar en el exterior otro soporte para una instancia que no ha podido interiorizar: proyectará entonces en la escena de la realidad la imagen re-encarnada, aun si es invisible, de un legislador-perseguidor.

Concluiré esta segunda nota con un esclarecimiento de la función de lo *Imposible* en los enunciados identificantes presentes en el discurso de la madre, retomado y reconstruido por el niño.

El estatuto de los enunciados y la trasgresión de lo posible

Si uno considera sólo el discurso materno que «habla» el tiempo $T_0 - T_1$, buena parte de sus enunciados identificantes vehiculizan lo que Freud llamaba el aporte narcisista, necesario para la vida de «Su Majestad el *infans*». ¡Pobre Majestad —puede uno agregar—, tan dependiente del otro! Estos enunciados expresan las demandas maternas a un yo ausente, dan testimonio de esa parte del deseo inconciente que ha podido abrirse una vía para apuntalar y lastrar sus demandas. Expresan

san también, como igualmente lo señala Freud, la esperanza de realizar sus propios sueños por yo interpuesto. Estos sueños tienen la libertad de englobar un abanico de devenires, por poco verosímiles que estos sean. Pero, a la inversa, como acabamos de ver, de igual modo existirán enunciados que desde el comienzo den testimonio de un constreñimiento producido mucho antes del momento en que una madre los enuncie. La represión y, en consecuencia, la interiorización de la prohibición, ya han excluido del discurso materno enunciados formulados por su yo infantil (de la madre), antes que llegara al tiempo de concluir la primera fase de su trayecto. Lo imaginario materno, el yo anticipado que ella se crea como objeto-meta de sus investimentos, no tendrán a su disposición para alimentar su sueño más que esos «devenires» que respetan la categoría de la prohibición y la categoría de lo imposible. Prohibido e imposible designan, de derecho, dos categorías diferentes y además dos categorías que el yo tiene la obligación de diferenciar. Ahora bien, *en el registro del deseo esas dos categorías se redoblan y se refuerzan una a la otra*. Desear, imaginar un yo anticipado, que ignorara la categoría de lo imposible, que pudiera trasgredir las leyes naturales y temporales y, por ejemplo, que tuviera el poder de cambiar de sexo, de poseer dos sexos, de ser inmortal, de tomar el puesto del propio progenitor... he ahí algo que nos enfrenta a enunciados cuya simple formulación devela a cada uno su fuente. Semejantes enunciados muestran a cielo abierto la presencia en la madre de un deseo que niega al yo, que, *anticipando para este último un imposible*, trasgrede no la ley que prohíbe el incesto, sino una ley igualmente fundamental que prohíbe matar. Matar a un yo futuro, que no encontrará ningún identificado como punto de anclaje, ningún *ya-ahí* de él mismo, necesario para que él advenega. Será este «identificado» imposible el que se develará al yo como una imagen extraña y ajena a su destino. Destino que por fuerza tendrá que rechazar, pero, ¿para remplazarlo por qué representación de su pasado-futuro? Y además, si a partir de T_2 el yo puede, por momentos, ver quebrantarse su creencia en la existencia de un después, es menester que este mismo T_2 pase a garantizarle, *a mínima*, la seguridad de haber sido. No será, quizá, pero está seguro de que un pasado de él mismo ha existido. Ahora bien, ¿cómo podría tener esta seguridad si se enfrenta a un pasado que lo anticipaba bajo la especie de un imposible? No obstante, aun en este caso sucede que el yo encuentre una escapatoria reorganizando el campo de lo

aspiración expansionista, totalitaria, de una causalidad interpretada (o de una causalidad de deseo) que lo pondría en peligro grave. Si fracasa, esta expansión y esta extrapolación causal señalarán el paso a la forma manifiesta de una psicosis: veremos a la posición defensiva sistematizarse, reforzarse hasta convertirse en una fortaleza defendida por un sistema delirante que reconstruirá, a nombre de su sola causalidad, la relación del sujeto consigo mismo, con el mundo, con los demás.⁴

En *La violencia de la interpretación* yo había ligado el paso de una psicosis potencial a una psicosis manifiesta, a la desaparición en la escena de la realidad de un yo que aceptara encarnar para el sujeto a ese Otro que le garantiza la identidad de sus puntos de certidumbre en el registro de la identificación, de la causalidad, y por ello mismo la legitimidad de sus dos construcciones históricas.

En ciertos casos, en efecto, descubriremos esta causa desencadenante, pero la experiencia clínica muestra la importancia que puede cobrar para el sujeto, para todo sujeto, un encuentro que llegue a develarle una falla identificatoria que él ignoraba y que habría podido seguir ignorando.

Retomemos, en esta perspectiva, la lectura de la historia de Odette.

Lo que Odette refiere sobre su infancia (sus dificultades de alimentación, su sumisión a un adiestramiento esfinteriano que la desposee de toda autonomía en orden al placer de su cuerpo, sus terrores al alba, lo que me cuenta —y de lo que nunca he hablado por razones deontológicas evidentes— sobre otras escenas a que la madre la ha confrontado) nos autoriza, sin hacer un empleo abusivo del arsenal teórico, a pensar que esta niña sólo pudo sobrevivir por el recurso a mecanismos de idealización, de negación, de reconstrucción, de las informaciones discursivas y sensoriales que le enviaban el discurso y la realidad, y que forman parte del arsenal de las defensas psicóticas.

⁴ En el segundo capítulo de mis *Destins du plaisir* se puede leer el análisis que he expuesto allí de ese doble principio de causalidad operante en el trabajo de puesta en sentido del yo.

En seminarios posteriores, y no publicados, volví sobre esta cuestión, privilegiando el análisis de la *movilidad causal* necesaria al yo, y la *tripartición* de las causas a las que debe poder recurrir: el deseo del otro, el azar, su propia realidad psíquica. Esta continuación y reanudación de un mismo problema no contradicen, en lo esencial, las hipótesis que yo había propuesto. (Cf. *Les destins du plaisir*, capítulo 2, «Le Je et la causalité», PUF, 1979.)

En la medida misma en que esta niña se somete a los *diktats* maternos, en que su odio encuentra en el padre, merced al discurso que le dirige la madre, un sustituto y una justificación, puede preservar un conjunto de indicadores identificatorios y una construcción de la realidad cuya solidez la madre le garantiza, puesto que, en lo esencial, su hija confirma la suya propia. No necesito agregar que otra característica de la infancia de Odette fue su soledad, porque la madre le prohibía tanto ir de visita a casa de otros niños que pudieran «ejercer malas influencias» como recibirlos en su casa porque habrían desordenado su modo de vida.

Cuando, pasada la adolescencia, Odette busca una salida a su «esclavitud consentida» invistiendo un objetivo autónomo (inscribirse en Bellas Artes), se moviliza un mecanismo que frecuentemente se observa como *lo que hace las veces de una actualización de la potencialidad psicótica: la somatización*. La relación inconciente hijo-madre, su dimensión persecutoria y el odio que vehiculiza se introyectan en una relación yo-cuerpo que convierte a los dos polos de esta relación en perseguidores-perseguidos.

Incapaz de asumir el riesgo de conflicto que habría estallado en su espíritu desde el momento en que su vida universitaria exigiera que la dejaran libre en sus movimientos, sus amistades, su espíritu y su cuerpo, y enfrentada por eso a la «memoria» de un cuerpo que re-siente angustias, aflicciones, sufrimientos ya padecidos, contra ese cuerpo y contra esa memoria se ejercerá el odio que anega al yo. Si la «mancha pulmonar», de etiología dudosa, hace pensar ya en una causalidad psíquica, las circunstancias de la caída, que inmovilizarán a Odette durante un año, no dejan duda alguna sobre esto.

Durante dos años, Odette, y con buena conciencia, será separada de la madre: además, la rareza de sus visitas la obligaría, puede que a pesar de ella, a reconocer que su madre ya no tenía necesidad alguna ni deseo de su presencia. Pero otro factor desempeñó un papel más importante: si la permanencia en el sanatorio no se acompañó de ningún sufrimiento somático ni, al decir de Odette, de sentimientos de angustia o de temor por su vida, muy diferente fue el año pasado en el hospital. Corsé y manipulaciones fueron fuente de grandes sufrimientos, a los que durante todo un periodo se agregó el miedo angustiante de morir o de quedar con vida, pero parálitica. Creo que en ciertos casos, y el de Odette es uno de ellos, el sufrimiento somático y el sufrimiento psíquico frente a la amenaza